

M^A ELENA RAMOS MEJIA

LA NOVELA
del SABADO



N.º 79

LA
ESTANCIA

Ana, argentina, va enseñando el campo argentino, Mar de Plata, las playas, los paseos, los caballos, etc. al inglés Donald; y tanto se vieron e intimaron que Donald le declara su amor.

EDICIONES CID

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

COLECCION LITERARIA:

La gran borrachera.—Manuel Halcón. 30 pesetas.

Estampas y sainetes.—Antonio Calderón y Eduardo Vázquez. 30 pesetas.

Lo que se habla por ahí.—Antonio Díaz Cañabate. 40 pesetas.

La hija de Jano.—José Antonio Giménez-Arnáu. 40 pesetas.

COLECCION RELIGIOSA «NOTICIA DE LO ETERNO»:

La Misa del día entero.—Padre Federico Sopena. Tela, 50 pesetas.

Seis lecciones sobre la castidad.—Padre Federico Sopena. 20 pesetas.

COLECCION INFANTIL:

Pañolín Rompenubes. — Marcial Suárez. 35 pesetas.

La hermana de Antoñita la Fantástica.—Borita Casas. 30 pesetas.

COLECCION SERIALES RADIOFONICOS:

Se abren las nubes.—Guillermo Sautier Casaseca y Luisa Alberca. Tela, 30 ptas.

La sangre es roja.—Guillermo Sautier Casaseca y Luisa Alberca. Diez fascículos, a 5 pesetas cada uno.

Sin derecho a vivir.—Armando M. Guíu y Joaquín Díaz. Cinco fascículos, a 5 pesetas cada uno.

Un arrabal junto al Cielo.—Guillermo Sautier Casaseca y Luisa Alberca. Diez fascículos, a 5 pesetas cada uno.

La casa del odio.—Guillermo Sautier Casaseca y Luisa Alberca.—Cinco fascículos, a 5 pesetas cada uno.

Pedidos a: «Ediciones Cid». Desengaño, 9.
Teléfono 31 05 12. — MADRID

VIAJES A PARIS

por 3.000 pesetas

EN AUTOCAR PULLMAN DE LUJO

SALIDAS MENSUALES

11 días de viaje.

VISITANDO:

BURGOS (Y LA CATEDRAL), SAN SEBASTIAN, BURDEOS, ANGULEMA, RUTA DE LOS CASTILLOS DEL LOIRA, PARIS (ESTANCIA DE 5 DIAS), ORLEANS, VIERZON, LIMOGES, AGEN, LOURDES (VISITA DE LA GRUTA Y MISA), ZARAGOZA (VISITA DEL PILAR), ALHAMA DE ARAGON Y LLEGADA A MADRID. FIN DEL VIAJE

Informes e inscripciones:

WAGONS - LITS // COOK

(A. V. G. A. T., 5)

ALCALA, 23,
C. SOTELO, 14
Palace Hotel
o en
cualquiera de
nuestras
agencias de
España



GRAN MUNDO

LA MAS LUJOSA
DE LAS REVISTAS ESPAÑOLAS

Dirigida por
AGUSTIN DE FIGUEROA

PROXIMAMENTE EL
NUMERO DE VERANO

PRECIO DEL EJEMPLAR: 30 PESETAS



PEDIDOS A ESPEJO, NUM. 6. MADRID

PROXIMO NUMERO

Liliana.—Enrique Sienkiewicz.

56. Teresa Ferrer.—Rafael Azuar.
57. La golondrina y los rascacielos (Nueva York hace treinta años).—Federico García Sanchiz.
58. La última dicha.—Luisa Alberca y G. Sautier Casaseca.
59. De oro y azul.—Josefina Carabias.
60. Los caballeros las prefieren castañas.—Tono.
61. El fantasma.—W. Fernández Florez.
62. Los railes.—Miguel Delibes.
63. El tonto.—Luis Molina Santaolalla.
64. Los serenos duermen de noche.—Evaristo Acevedo.
65. Una aventura en el tren.—José M.^a Salaverría.
66. Josechu y la señora.—Luis de Castresana.
67. Mañana.—Dolores Medio.
68. El criminal nunca gana (El caso de un provinciano en París).—Iván Montiel.
69. Casa de amor.—José Ortiz de Pinedo.
70. La niña.—Carmen Laforet.
71. El fantasma de Canterville.—Oscar Wilde.
72. Miedo a la vida.—A. Martínez Olmedilla.
73. Eran cuatro.—Elisabeth Mulder.
74. Hiuscha.—Fiodor Dostoyevski.
75. Colocación en Madrid.—Roberto Molina.
76. Las campanas.—Carlos Dickens.
77. Los árboles del huerto.—Julio Angulo.
78. El círculo de la muerte.—A. Conan Doyle.
79. La Estancia.—María Elena Ramos Mejía.

Tarifa de suscripción a «La Novela del Sábado»:

A 12 números	68 pesetas.
A 25 »	138 »
A 52 »	282 »

Puede remitirse su importe a LA NOVELA DEL SABADO, Ediciones Cid, Desengaño, 9, Madrid. Teléfono 310512, y a cualquier sucursal del Banco Español de Crédito, con destino a la cuenta de LA NOVELA DEL SABADO, en la Central de Madrid.

I

Los perros ladraron. ¿Quién podía ser a esa hora? Ana estaba sentada junto al arroyo, con los pies en el agua, leyendo un libro bajo el sauce. Era su hora sagrada y la del campo. Todo el mundo se recogía; patronos, peones y servidores, hasta los perros se volvían displicentes y se echaban a la sombra a dormir la siesta. Se oyó el ruido de un motor que venía por la calle de eucaliptos. El arrullo de las torcazas se detuvo. Al rato, el golpe de una portezuela que se cierra, voces, y un estridente bocinazo. ¿Quién podía ser? Ana no se movió. Los perros callaron; solamente «Rubio», que estaba atado, siguió rezongando.

¡Qué pereza tener que ver gente! ¿Por qué no la dejarían en paz? Trató de concentrarse en la lectura, pero ya no pudo. ¿Quién podía ser? Se echó de espaldas en la tierra, chapoteando el agua con los pies. Extendió los brazos; veía el cielo por entre las ramas lacias del sauce. El verde tierno y el azul del cielo no combinaban como colores. Unas nubes blancas pasaban navegando. ¡Quién fuera nube! Pero el viento las deshacía. No quedaba nada de ellas. Se arrellanó en la tierra, casi sintió que sus brazos y piernas echaban raíces, para tomar más hondamente posesión de ella.

La tierra, su tierra. Su imaginación se soltó por la pampa como un potro desbocado. ¡Qué cosa más extraña era eso de sentir la patria! ¿Qué era para ella la patria? La patria era para ella la pampa y sus habitantes. No sentía la ciudad. Lógicamente, estaba más cerca del paisano que del hijo del emigrante. Eran muchas generaciones en esa misma tierra.

En 1815 se había establecido su antepasado en ese campo de nombre indio. Abandonó sus cargos políticos y se atrevió a cruzar el río Salado, hasta entonces límite que nadie osaba pasar para internarse en la pampa indómita, en poder absoluto del indio, sólo poblada por baguales y hacienda chúcara.

Conquistó al indígena y civilizó la tierra; sus tratos con el indio fueron tan amigables, que éstos le adoraban; jamás le traicionaron. Si llegaban a encontrar algo en el campo de su pertenencia, corrían a llevárselo.

—Toma, Tata Pancho, esto es tuyo.

Y le devolvían pesadas rastras de plata, estribos, puñales del mismo metal. Era un adalid de su época, tenía algo de misionero y de profeta. Había hecho una extraña mezcla entre el amor a Dios y su amor a la patria. Odiaba a aquellos que explotaban al indio. Entró en negocios pacíficos con los caciques Ancafilú, Maicá, Neuquipán y Negro, comenzando una tregua en la lucha entre los primitivos dueños de la sábana infinita y el nuevo poblador. Todo hubiera sido paz y vida bucólica si los otros estancieros hubieran mantenido su palabra igual que don Francisco. Pero el ejército persiguió a los indios. La venganza de ellos fué terrible, arrasaron con todo, degollando, prendiendo fuego a lo que encontraban a su paso, robando. Sólo la estancia de don Francisco fué respetada. Los indios rindieron en esta forma homenaje al único hombre blanco de la región que había sabido mantener su palabra.

Oyó la voz de su madre que la llamaba. No contestó. Sacó los pies del agua y, así mojados, calzó las alpargatas, ató las cintas a los tobillos y se deslizó por entre los árboles hacia el monte; sus dos perros la seguían, el fiel «Pizarro» y «Nina». Qué pareja tan absurda eran el «Viruta» y «Chicharrón» de su infancia, el perdiguero alto y la pelo duro pequeña. «Nina» iba dando saltos alegres e inútiles, iba y venía con la lengua fuera. Hacía calor. En cambio, el perro rastreaba para no perder la costumbre. Repentinamente voló

una perdiz. «Bizarro» se quedó mirando desconcertado; eso no estaba dentro del orden de las cosas. Humillado, siguió andando. Las cotorras hacían un ruido infernal en los árboles. Son las chismosas del monte. A Ana no le importaba tirarles hasta que un día cayó una sentada; parecía una señora; le hizo tanta impresión, que no quiso saber más con ellas. Además, «Pizarro» las despreciaba, y la miraba con ojos de reproche cada vez que mataba a alguna. Él era un perro de categoría y no estaba para perder tiempo con esos pajarracos vulgares, estridentes, con plumas de colorinches. Llegó a la tranquera del primer potrero; los animales se resguardaban del bochorno a la sombra de unos árboles; los perros bebieron agua del abrevadero; debía de estar tibia. Pegado al palo de la tranquera estaba el infaltable nido del hornero, modesta casa de barro y paja como el rancho, con su cómodo interior de dos habitaciones. La entrada siempre mira al norte, para evitar los fríos vientos sureños. Sabía previsión. Con ternura pensó Ana en el pájaro, con su chaqueta de plumas color canela, infatigable y modesto. Formaba parte del paisaje; estaba tan íntimamente unido a él, que es imposible imaginar la pampa sin un nido de hornero.

Se sentó bajo un eucalipto y con una rama escarbó la tierra; cuántas cosas había en la tierra; minúsculas hormigas que pasaban con inmensas cargas. Sintió ganas de quitarle a una la hoja que llevaba a cuestras; luego le dió lástima el esfuerzo del bicho. Se sentía incapaz de ningún esfuerzo. Qué suerte no ser hormiga. Resolvió volver a casa; era la hora del té; tenía las manos impregnadas de olor a eucalipto. Toda su infancia estuvo perfumada con ese olor.

Llegó hasta el aljibe, levantó las tapas y soltó el balde; le gustaba el ruido de la cadena y el del balde que volvía chorreando agua; lo apoyó en el brocal y bebió directamente, sin tocar los bordes, con la barbilla hundida en el agua y mojándose la nariz. Qué delicia. Estaba helada.

Entró por la cocina. Jerónima hacía tortas fritas; la grasa se calentaba en el fogón. Dos pollos pelados colgaban de la fresquera. Qué diligente era su madre. Había dispuesto todo para la comida. Ana preguntó:

—¿Quiénes son las visitas?

—Me parece que gringos —contestó la cocinera.

Ana sabía que gringos quería decir, en el lenguaje de Jerónima, gente que hablaba otro idioma.

Por el corredor de baldosas entró a su cuarto. Los postigos de las ventanas de reja que daban al parque mantenían, cerrados, una penumbra agradable. Oía a limpio. El dormitorio era sencillo: muebles antiguos de caoba patinados por los años, visillos de organdí, colcha y cortinas de cretona que entonaban con las opalinas celestes salvadas por la bisabuela de la furia maniática de Rosas a ese color. Ana quería a su cuarto, le gustaba pasar horas echada en la cama con los brazos sobre la cabeza, pensando en todo lo que había pasado entre esas paredes, en las cosas que habían visto los muebles: los sentía parte integrante de un todo, de una tradición, de ese algo complejo y dramático que es una familia. De pequeña, en la noche, oía con terror crujir los muebles; la abuela le decía que era el alma de la madera. De mayor, Ana pensó que a esa hora se ponían a hablar, contándose sus cuitas, sus recuerdos. A veces, al mirarse al espejo, le parecía ver la figura evanescente de alguna señora de amplia falda que le sonreía desde el pasado.

Antes de vestirse resolvió darse un baño. Tenía la costumbre de su abuela, se lo había visto hacer desde su más tierna infancia. Abría la noche anterior el agua de la tina y la dejaba reposar hasta el día siguiente para que perdiera ese terrible frío del agua de pozo. Se vistió con un traje blanco y salió a ver qué pasaba.

En ese momento entraban al comedor, el viejo comedor de sillas de vaqueta claveteadas, ancha mesa de comidas familiares, patriarcal, donde se habían reunido varias generaciones. Ya no era el comedor de su infancia, la mesa ro-

deada por toda la familia, a la cabecera la abuela, los hijos, los nietos. Para una mujer es un asombro, casi un milagro, pensar que de su flanco han brotado todos esos seres que piensan y actúan por su cuenta. Y ahora, viejecita, miraba esta prolongación de sí misma entre asustada y gozosa. La familia se le había ido de entre las manos, quedaba allí en silencio, oyendo hablar, eran voces que venían de lejos, apenas la alcanzaban a ella, que iba sumergiéndose cada vez más en el pasado. Ana nunca olvidaría a su abuela; siempre le había parecido una cosa frágil y preciosa que guardaba secretos de otra época, modos de ser, maneras. La recordaba a la cabecera de la mesa, con un encaje blanco sosteniendo sus canas siempre pulcras. Tenía la costumbre de guardar un trocito de pan para el café, que tomaba con una gota de leche.

Efectivamente eran gringos por lo menos dos de ellos. Saludaron un poco cohibidos, habían creído que era otra cosa. No conocían la estancia señorial criolla. Nunca, en toda su historia colonial, les interesaron los «native». Al entrar por la rústica tranquera, pasar por las avenidas de árboles seculares y ver ese campo, que si bien es cierto no era el verde césped inglés, tenía algo más importante: trigo y ganado.

La casa no era un palacio, pero poseía la dignidad de lo auténtico; no era la falsa y ridícula imitación de un castillo europeo. El techo era de antigua teja española, ventanas con rejas primorosamente labradas, amplias galerías cubiertas, y el mirador, que era como el ojo de la casa que mira al campo.

Su padre, al presentarlos, le explicó que eran unos amigos ingleses de Torres, a quienes hacía acompañar por su sobrino. Querían visitar el campo argentino, tal vez invirtieran capital en algo.

Ana se sentó derecha en la silla, como su institutriz la había enseñado, con la espalda apoyada en el respaldo. Su madre servía el té a la inglesa, la leche primero. Los ingle-

ses respiraron aliviados, habían creído que les iban a ofrecer mate, con una bombilla que pasaría de boca en boca. Empezaron a sentirse más cómodos. Chapurreaban el español. Ana, que hablaba un correcto inglés, no quiso usarlo con malicia criolla. Después del té, los huéspedes pasaron al ala de la casa reservada para las visitas, tomarían un baño y descansarían. El sobrino de Torres se fué con don Goyo hasta el tambo.

Ana apenas había despegado los labios, no tenía ganas de hablar y se sentía muy lejos de esa gente. Salió al parque y llamó a los perros, se fué con ellos caminando hasta la quinta. Lucía estaba revolviendo mazamorra que hervía en un brasero: tenía dos rodajas de papa puestas en las sienes porque le dolía la cabeza. Ana la saludó y le preguntó por su ahijado.

—Por ahí debe andar nomás —gritó—. Santiago, Santiago, venga, que está la madrina.

Apareció Santiago con sus doce años curtidos de campo, espantando en su corrida a los pollos que picoteaban la tierra. Tímidamente se acercó a Ana, que estrechó entre las suyas las manos del niño, llenas de barro.

—Hace mucho que no vas a verme; seguro que te has olvidado de rezar.

El niño aseguró que no, que lo hacía todas las noches; eso sí, por la mañana se olvidaba, como se levantaba apurado.

Pensó que eso que le estaba diciendo al niño se lo podía aplicar a ella. Cuántas veces se olvidaba de Dios, pero siempre volvía a Él. En el campo se sentía más próxima, rezó mentalmente rogándole que no la separara nunca de aquellas tierras.

Volvió caminando lentamente. Era un atardecer de Kakemono; gris, rosa y oro. Los patos tornaban volando en escuadrilla a dormir a la laguna. Los pájaros, preparándose para la noche, hacían un ruido ensordecedor. No soplabla viento. El campo y los hombres estaban satisfechos y en

paz, otra jornada había terminado. El año era bueno. Hasta Ana llegaban los ruidos familiares caros a su corazón; el mugido de las vacas; el tierno y lamentoso balido de los corderos; de la cuadra, el piafar de los caballos que comían mansamente a pesebre. El establo era su paseo de todas las tardes; las vacas ya la conocían, o por lo menos, era lo que ella creía. El olor le producía una especie de satisfacción, le gustaba, lo encontraba sano. Continuó andando, llegó hasta la casa de los peones para decirle a Cipriano que le ensillara para las siete del día siguiente el zaino. Lo encontró vestido para ir al pueblo; llevaba bombachas desprendidas en la parte del tobillo, con alpargatas, que es señal de elegancia en el campo, tirador con monedas de plata que había sido de su padre y tal vez lo hubiera llevado el abuelo. Era esta gente de Cipriano arraigada en la región, el abuelo había seguido al bisabuelo de Ana cuando fué a Arrecifes para hacer propaganda contra Rosas, buscar caballos y unirse a la Legión Libertadora. Iría detrás del patrón con chiripá, botas de potro y el fiel poncho, abrigo del frío y escudo en la pelea mano a mano.

Ana recordaba siempre, era como si su vida tuviera una ventana abierta al pasado, y el campo siempre es el pasado, el presente y el porvenir, porque en él estaba la verdad. La verdad de su tierra. El hombre de esa inmensidad tenía la fuerza que le comunicaba la tierra recia, endurecido por el viento. Con sus manos la trabajaba y ella respondía a la dura caricia del arado. Era un diálogo, dos verdades que se unían para hacer grande a un país. Hombres como el abuelo de Cipriano le habían dado un sentido a la nación. Ya nadie miraba para el campo. El mismo Cipriano iba demasiado al pueblo. No sabían estos pobres paisanos que la civilización era una mentira. Ana sufría, cada vez que entraba a un puesto, ver la imagen de una rubia belleza de Hollywood sostenida en la pared por cuatro clavos. Ya pocas eran las cosas auténticas; ella misma empezaba a mirar más lejos, al través del mar. Pero era como volver a la verdad,

volvía a su origen y en el fondo de su corazón bailaba una esperanza, sentía que su vida se podía prolongar más lejos. Pensaba en esas viejas tierras de Castilla que también eran una pampa recia, de color de hueso y navegables como un mar.

Llegó hasta la casa y arrastró una silla de tijera que armó debajo de un pino; le gustaba a esa hora cerrar los ojos y sentir el olor a la resina del árbol; de vez en cuando, un cándalo amarillento caía en sus faldas; los perros descansaban a su lado. Se sentía sola y le producía un insólito placer pensar en la vastedad del campo que la rodeaba; por un lado, el mar, ese tenebroso Atlántico sur de la conquista, este otro «finis terrae» misterioso hasta el portugués Magallanes. Por el otro, el infinito de la pampa que se extendía hasta el pie de los Andes. Su tierra.

Hasta ella llegó olor a tabaco de pipa; se había olvidado de las visitas. Pensó que su obligación era levantarse, darles algo de beber y conversar, pero cerró los ojos con la voluptuosidad del que sabe que se está portando mal.

II

Amaneció un domingo de sol. Ana y Mercedes, su madre, fueron a misa de diez al pueblo. Al salir por la tranquera del puesto se encontraron con don Ceferino y el hijo, que traían una hacienda desde Monsalvo. Don Ceferino, amojamado, de barba entrecana, tocó su chambergo de barbuquejo y las saludó con las maneras de un aristócrata:

—Güen día, patrona.

—Buen día, Ceferino. Mucho calor.

—Así es, nomás; es el tiempo.

—¿Pasó por «Los Tapiales»?

—Toda güena la gente; doña Lucrecia le manda saludos y le da las gracias por los bulbos de las dalias.

Siguió el coche que conducía Ana, tomó la huella hasta el pueblo. Todos iguales estos pueblos de la provincia de Buenos Aires, polvorientos y achaparrados, la plaza, la iglesia con dos torres cuadradas, la municipalidad, la farmacia y el colegio. Plazas sin árboles, con horribles globos de luz blancos que reemplazan al viejo y simpático farol, inhóspitas, sin sombra.

A la hora del almuerzo Ana estudió con detención a los ingleses. Mercedes les explicó que todos los domingos se comía a la antigua, les pedía disculpas porque tal vez los platos no les gustasen, pero les podían hacer unos huevos fritos. ¡Oh gloriosos huevos fritos de la mesa criolla! Las viejas amas de casa siempre los ofrecían a sus invitados porque les parecía que nunca habían comido bastante.

Después del almuerzo cada uno se fué a descansar, menos Ana, que corrió con sus perros bajo el sauce como to-